

Por entregas: la escritura de *El águila y la serpiente* (1925-1929), de Martín Luis Guzmán

In Installments: The Writing of *El águila y la serpiente* (1925-1929), by Martín Luis Guzmán

Susana Quintanilla

Instituto Politécnico Nacional

Centro de Investigación y de Estudios Avanzados

Departamento de Investigaciones Educativas, México

quintanilla.susana@gmail.com

RESUMEN

La edición crítica de *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán (2016) es producto de una investigación de largo aliento realizada por iniciativa de la Academia Mexicana de la Lengua. Como parte de la pesquisa, se hizo un seguimiento de las entregas periodísticas de Guzmán a *La Prensa* (San Antonio, Texas) y *El Universal* (Ciudad de México) que constituyeron el *corpus* del libro, cuya primera edición data de junio de 1928.¹ La base de datos resultante permitió ubicar cronológica y geográficamente la producción de los impresos periodísticos, las condiciones y el orden en los que fueron escritos y sus relaciones tanto con sucesos políticos del momento, en México y en Europa, como con los debates acerca de la Revolución mexicana y la narrativa hispanoamericana en torno a esta. Con base en dicha información, este artículo relata la vida de Guzmán y de su obra periodística durante el periodo de junio de 1925 a finales de 1928, en Madrid, París y Hendaya. El texto aporta nuevos elementos al conocimiento del proceso de escritura y de la recepción inmediata de *El águila y la serpiente*, cuyos antecedentes periodísticos no han sido suficientemente ponderados.

PALABRAS CLAVE

Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, literatura por entregas, narrativa de la Revolución mexicana.

ABSTRACT

The critical edition of Martín Luis Guzmán's *El águila y la serpiente*, is the result of extensive research carried out at the initiative of the Academia Mexicana de la

¹ Véase “Escritura y publicación en periódicos de los capítulos que integran *El águila y la serpiente*” (en Guzmán, 2016: 798-811).

Lengua. Part of the investigation involved the tracking of Guzmán's submissions to the newspapers *La Prensa* (San Antonio, Texas) and *El Universal* (Mexico City) which formed the *corpus* of the book, whose first edition is dated June 1928. The consequent database allowed his journalistic texts to be chronologically and geographically placed. It also shed light on the conditions and order in which they were written as well as their relation to the political events in Mexico and Europe at the time, such as the Mexican Revolution and the Hispanic American narrative surrounding it. Based on this information, this article relates the life of Guzmán and his work in journalism in Madrid, Paris, and Hendaye from June 1925 to the end of 1928. The text contributes new elements about the writing process of *El águila y la serpiente*, whose journalistic records have not been sufficiently considered, and how it was immediately received.

KEYWORDS

Martín Luis Guzmán, *El águila y la serpiente*, serialized literature, narrative of the Mexican Revolution.

RECEPCIÓN: 28/06/2021

ACEPTACIÓN: 21/09/2021

Desterrado

Martín Luis Guzmán llegó a Madrid en junio de 1925, proveniente de Nueva York. Un año y medio antes había burlado una orden de aprehensión en su contra por haber participado en el movimiento opositor a la elección de Plutarco Elías Calles como sucesor de Álvaro Obregón en la presidencia de la República Mexicana (véase Blanquel, 2002: 651-658). La rebelión armada de Adolfo de la Huerta contra esta imposición produjo una estela de cadáveres, que se sumó al saldo mortífero de la década previa. Casi todos los caudillos revolucionarios con los que Guzmán había convivido estaban muertos; ninguno de ellos por enfermedad u otra causa “natural”: fueron asesinados de diversas maneras. Pero lo terrible no era la muerte en sí misma, sino su inutilidad. ¿Por qué?, porque en 1924, año en el que Calles fue ungido presidente de México, un “clan de asesinos” se adueñó del poder. Eso pensaba Guzmán en septiembre de 1925, cuando asumió que su destierro, acordado con el Poder Ejecutivo como una medida temporal, perduraría al menos hasta 1928. La espera a que la “gresca de los odios políticos mexicanos” se aclarara lo suficiente para regresar a México “sin riesgo de daños irreparables” se prolongaba más de lo previsto, y no

quería establecerse en Estados Unidos por temor a que sus hijos olvidaran el español (Guzmán y Reyes, 1991: 123).

En Madrid, Guzmán alquiló un piso cercano a la vivienda ubicada en el número 42, duplicado, de la calle con el nombre del general José María de Torrijos y Uriarte, donde había convivido con Alfonso Reyes y Jesús T. Acevedo² durante su primer exilio matritense, de marzo de 1915 a febrero de 1916 (véase Quintanilla, 2014). Cuando iba a la Biblioteca Nacional, al Retiro, a la Puerta del Sol, a tantos otros sitios, reconstruía paso a paso las caminatas que había realizado con sus amigos (véase Guzmán y Reyes, 1991: 123). Al igual que entonces, carecía de recursos propios, con el agravante de que no recibía apoyo de México, ni del ámbito diplomático ni del amistoso. En relación con este último, el humanista dominicano Pedro Henríquez Ureña escribió en enero de 1924 una carta a Reyes en la que ponía a Guzmán como ejemplo de la “inmoralidad” en México y lo alertaba sobre la posibilidad de que recalara en Europa. “Ten mucho cuidado con él”, aconsejaba Henríquez Ureña a su confidente (Henríquez y Reyes, 1983, t. III: 260). Lo mismo podría haber dicho de José Vasconcelos, con quien había reñido también, o de cualquier otro integrante del “Alto Ateneo”. La excepción era Reyes, que fue trasladado de la Legación de México en España a la de Francia y ascendido de secretario en la primera a ministro en la segunda. Antes de partir, hizo una “visita piadosa” a su rincón de Torrijos. Recordó a Guzmán, a Acevedo, a los tres juntos. Para estar seguro de encontrar a Guzmán otra vez, borró los itinerarios que le daban las amistades en común y se sentó a esperarlo (véase Guzmán y Reyes, 1991: 124). Mientras, “tragaba los sapos” (Reyes y González, 2002: 185) que le llegaban desde México en forma de críticas a su gestión diplomática y calumnias sobre sus orígenes contra revolucionarios, su universalismo y su falta de compromiso con las causas populares.³

Guzmán era un revolucionario afamado, pero en Madrid tuvo que recurrir a los transterrados mexicanos agrupados en la redacción de *El Debate*, propiedad de la Editorial Católica (véase Cáceres, 1979), que iba a contracorriente de los demás diarios matritenses respecto a la política en México. El abogado, diplomático e historiador mexicano Carlos Pereyra y su esposa, María Enriqueta Camarillo, quienes llevaban casi una década de destierro forzado por sus antecedentes porfirianos y por haber colaborado con el gobierno de Victoriano Huerta, se encargaban de contrarrestar mediante este periódico la propaganda a favor de Calles en España y de difundir a autores acosados en México (véase Pilatowsky, 2018), entre ellos el periodista, diplomático e historiador Victoriano Salado Álvarez —en aquel entonces exiliado en San Francisco (California)— y Vasconcelos. Este último había renunciado a la Secretaría

² Fallecido en 1918.

³ Al respecto, véase Reyes y Estrada (1992, t. I: 315, 333, 340, 345-347 y 355-359).

de Educación Pública a mediados de 1924 y viajaba de un país a otro de América y Europa. Se encontró con Guzmán en Madrid, donde fue bienvenido por las asociaciones hispanoamericanistas. De ahí partió a Barcelona para el lanzamiento de *La raza cósmica*, y después a Puerto Rico (véase Fell, 2000: 563-564).

Es probable que el matrimonio Pereyra pusiera en contacto a Guzmán con el periodista Ignacio E. Lozano —emigrante nativo de Nuevo León—, fundador y director, en San Antonio, Texas, del periódico en lengua española *La Prensa*, cuyo primer número, como revista semanal, fue distribuido el 13 de febrero de 1913, y en octubre de 1914 comenzó a salir cada día con mayor tiraje y número de páginas (véase Kaput, 2018: 37-47). Según el exiliado Nemesio García Naranjo —uno de los principales colaboradores del diario—, Lozano tuvo el acierto de fincar su obra en los mexicanos que llevaban muchos años de residir fuera de México y que conservaban sus costumbres y tradiciones, el llamado “México de afuera” (García Naranjo, 1966: 325-340). Al paso del tiempo, *La Prensa* extendió su distribución a algunas ciudades del noroeste del territorio mexicano. La publicación de *La Opinión* (Los Ángeles, California), a partir del 16 de septiembre de 1926, facilitó que la Casa Editorial Lozano expandiera su influencia en la comunidad hispanohablante del sureste de Estados Unidos y en la población de la región noreste de México (véase Bruce-Novoa, 1989). Durante la presidencia de Calles (1924-1928), sus periódicos daban cobertura a acontecimientos silenciados en México o tratados con reserva por *El Universal*, en el que Guzmán comenzó a colaborar de manera regular poco después de llegar a España.

Las relaciones de Guzmán en Madrid no se circunscribían al círculo de los exiliados mexicanos. En las noches iba al café Regina, en el hotel con el mismo nombre, ubicado en la calle de Alcalá, que era la sede de los seguidores de la peña iniciada por Miguel de Unamuno y Ramón del Valle-Inclán (véase Tudela, 1984: 113). Ahí, Guzmán tertuliaba con Enrique Díez-Canedo, Luis Araquistáin, Luis Bello, Cipriano Rivas Cherif, Emilio Gutiérrez y los hermanos Salvador. De vez en cuando llegaba el catalán Eugenio d’Ors, vestido de luto. Con excepción de este grupo, Guzmán no veía a nadie ni iba a ninguna parte. Como sus recursos eran muy exiguos, se pasaba la vida escribiendo para periódicos de ultramar. En sus ratos de “ocio con letras” ensayaba otro tipo de textos. Tenía la esperanza de que Reyes pudiera leerlos cuando fueran publicados, si es que esto llegara a suceder (véase Guzmán y Reyes, 1991: 126).

Guzmán trataba en sus artículos periodísticos temas de España y de otros países europeos, pero que pudieran interesar a los lectores de Estados Unidos y México. A menudo hacía referencias indirectas sobre asuntos mexicanos, intentando evadir la política o refiriéndose a ella solapadamente. Igual escribía de los estrenos en la cartelera de teatro y del tráfico automovilístico en Madrid que de una velada literaria en la casa del pintor y escritor Ricardo Baroja, hermano de Pío, del funeral del líder socialista Pablo Iglesias o de la cornada recibida por el Litrí en la última corrida de

su carrera. También publicó dos relatos del viaje que realizó con el escritor y pedagogo español Luis Bello para estudiar la situación de las escuelas públicas en la Sierra de Guadarrama. De las reseñas publicadas se infiere su afición al género biográfico (véase Guzmán, 2010, t. I: 789-939), la cual antecedió a la recepción en España, desde Inglaterra, de la nueva biografía propuesta por el grupo de Bloomsbury y desarrollada magistralmente por Lytton Strachey en *Eminent Victorians* (1918).⁴

En febrero de 1926 comenzó a salir en *La Prensa* la columna sin periodicidad fija de Guzmán intitulada “De mis días revolucionarios”, cuya primera entrega fue “El sueño del compadre Urbina”. Los textos no tenían un día de la semana definido ni una extensión determinada, aunque generalmente comenzaban en la página 3 del periódico. Con algunas excepciones, la composición era a dos columnas, sin fotografías o ilustraciones. Los relatos carecían de secuencia cronológica y de correspondencia temática. Al final, estaban el nombre del autor y el lugar de la escritura.⁵

Unos meses después de haber iniciado su columna, Guzmán viajó a Francia en compañía del poeta cubano Mariano Brull. Se encontró en París con Reyes, quien escribió en la entrada de su diario correspondiente al martes 27 de julio que Vasconcelos recién había llegado de América y que Guzmán regresaba a Madrid en busca de su familia para instalarse en Francia (véase Reyes, 2010, t. I: 142). De camino, Guzmán se detuvo en Hendaya para visitar a Unamuno, quien se había refugiado en esta ciudad vasca después del confinamiento obligado en la isla Fuerteventura y de vivir casi un año en París, donde presidió la tertulia de españoles residentes, emigrados o desterrados, que se reunía en el café de la Rotonde, entre los boulevares Raspail y Montparnasse, para planear la batalla civil contra el Directorio instaurado en España en 1923 con el control del general Miguel Primo de Rivera (véase Rabaté, 2002). La visita de Guzmán ocurrió cuando Unamuno, convertido en un profeta del destierro, estaba más comprometido que nunca con esta causa (véase Urrutia, 1994: 189-196). Este fue el tema central de la conversación, y no, como pretendía Guzmán, el libro acerca de Hendaya que Unamuno recién había concluido (véase Guzmán, 2010, t. I: 892-895).

Guzmán regresó a París los primeros días de septiembre, probablemente para sortear el decreto de estado de guerra impuesto después de la conspiración fracasada de algunos militares contra el gobierno dictatorial en España. Paradójicamente, este

⁴ Guzmán formaría parte en 1929 de la colección “Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX” de Espasa-Calpe, promovida por José Ortega y Gasset y dirigida por el crítico e historiador Melchor Fernández. Este proyecto editorial es considerado el exponente español más relevante de la renovación del género biográfico llevada a cabo durante las tres primeras décadas del siglo XX en Europa (véase Cáliz, 2014).

⁵ Los impresos fueron localizados en la colección de microfilmes de *La Prensa* en la Latin American Collection en Austin, Texas.

último censuraba tanto a sus propios críticos como a los del gobierno mexicano. Esto no es una suposición personal, sino la conclusión de la lectura de un párrafo entre paréntesis de la carta, desde Madrid, del poeta Enrique González Martínez, ministro plenipotenciario de México en España, dirigida a Reyes el 7 de agosto de 1926:

(Envié un cablegrama de adhesión al gobierno con motivo de las agitaciones eclesiásticas y le juro que mi adhesión es completamente sincera. Acaso existan algunos pormenores que no me gustan y que se refieren a la manera de hacer cumplir algunas disposiciones; pero el gobierno está en lo justo y hay que estar con él. Vi sus declaraciones en *Le Journal*. Me parecieron excelentes. Yo no he querido declarar nada en estos días, ni hay necesidad. Tenemos aquí buena prensa: *El Sol*, *El Heraldo*, *La Libertad*, *El Liberal*, *El Socialista*, etc.; tenemos prensa adversaria en este asunto que trata las cosas con verdadera discreción y cortesía: *ABC*, *La Nación*; y tenemos la prensa sectaria, *El Debate* y algunos periódicos de provincia, a la cual se le ha ido alguna vez la lengua. El Ministerio de Estado se porta muy bien a la hora de reprimir actitudes descompuestas. Para eso hay censura) (Reyes y González, 2002: 197-198).

González Martínez confiaba por igual en la censura en España contra los opositores de Calles que en el apoyo desde México a los simpatizantes de este último. El 11 de septiembre confirmó a Reyes la recepción de un cheque de 1500 dólares para Ramón del Valle-Inclán. González Martínez le entregó el donativo a la esposa del beneficiado, haciéndole saber la “simpática” mediación de Reyes y la generosa ayuda del presidente Calles. Por si esto no fuera suficiente, González Martínez había escrito a Alberto J. Pani, secretario de Hacienda y Crédito Público, para que le diera a conocer al general Obregón la situación angustiada de “su amigo Valle-Inclán”. Estaba seguro de que el caudillo vendría al auxilio (véase Reyes y González, 2002: 201).

Gracias a la mediación de Reyes (véase Reyes, 1990: 416-420), Valle-Inclán había viajado por segunda ocasión a México en septiembre de 1921, para asistir como invitado especial a las celebraciones por la consumación de la Independencia (véase Schneider, 1992). En uno de los actos públicos fue fotografiado a un costado de Guzmán, miembro del comité organizador de los festejos. Del otro lado estaba el presidente Obregón (véase Silva, 2020: 208), quien disfrutaba la adulación de los escritores foráneos y se enorgullecía de su amistad con algunos de ellos. Las declaraciones de Valle-Inclán a favor de la política agraria y social encabezada por su “amigo” Obregón causaron un conflicto con la colonia española en México y, a través de esta, con el gobierno de España, adonde regresaría a finales de diciembre, después de una estancia en Cuba, y de otra, más breve, en Nueva York (véase Juan, 2008). Llevaba los objetos decorativos y las prendas de vestir que usaría en las fiestas de la Legación mexicana, mostrando devoción por México y sus gobernantes (véase Soler, 2015). Es factible que la escritura de *Tirano Banderas* (véase Valle-Inclán, 2017), publicado en

diciembre de 1926, estuviera vinculada con el apoyo de estos últimos. Valle-Inclán venía trabajando en esta novela desde tres años y medio antes y había entregado algunos de sus pasajes a revistas y periódicos. La edición fue pagada por el propio autor (probablemente con los dólares enviados de México), y se agotó en unas cuantas semanas (véase Dougherty, 1999: 44-47).

Tirano Banderas reavivó la polémica acerca de la visión fantasiosa de América desde Europa y la validez del “arte nuevo” para reescribir la Historia (véase Velasco, 1990). Guzmán contribuyó al debate mediante la publicación en *La Opinión* (17 de marzo de 1927) de una reseña crítica de la novela. Supuso que esta sería juzgada según dos criterios diferentes y, en parte, irreconciliables: el peninsular, que vería una síntesis admirable de América, y el hispanoamericano, desde el cual se podría apreciar, en vez de la esencia, la caricatura. Guzmán adoptó el segundo criterio para afirmar que Santa Fe de Tierra Firme, el lugar del relato, no era México ni ningún otro país de la América hispana y que la temporalidad no correspondía con la de ninguna etapa de la historia americana. No obstante, resultaba inevitable que los lectores pensarán en México como la escena de la trama.

Para Guzmán, la debilidad principal de *Tirano Banderas* es el lenguaje. En su opinión, la libertad en el uso de los americanismos produce el efecto imprevisto de presentar a los hispanoamericanos con un tinte exótico, sin sabor, sin matiz, con un ligero error de ajuste. Los mexicanismos empleados por Valle-Inclán son los que escuchan los oídos no mexicanos, “no los que brotan perfectamente afinados y equilibrados en la estructura de nuestra frase, mexicanismos sin los sutiles reflejos semánticos, y, en consecuencia, detestables y grotescos” (Guzmán, 2010, t. I: 915-916).

Según Guzmán, el problema del lenguaje se repite en cuestiones relacionadas con el paisaje, el ambiente y los resortes de la acción novelesca. La tendencia a transformar lo relativo en absoluto, sin coordenadas cronológicas y geográficas que den un contexto al lector, estimula la búsqueda de grandes valoraciones sin matices ni variaciones. Esto sucede también con la trama. Las fuerzas del conflicto se polarizan en dos posiciones contrarias: la redención del indio por medio de la tierra y el predominio económico de los extranjeros. En esta lucha, toda la simpatía del autor está con los redentores y todo su prejuicio contra la colonia española. Lo primero es explicable: “Valle-Inclán ha entrevisto la tragedia de México, y sería raro que no se sintiera atraído hacia lo que en ella representa el mayor dolor”. Lo segundo, no: ni siquiera como recurso estético. Pero, independientemente de lo que la novela de tierra caliente pueda o no significar, concluye Guzmán, los personajes y sus escenas son admirables (Guzmán, 2010, t. I: 914-918).

El Caudillo

Guzmán alquiló en París un departamento cercano a la mejor escuela posible para sus tres hijos. Si lo que anhelaba era alejarse de la política, entonces la decisión de salir de Madrid no fue afortunada: la capital francesa constituía el objetivo principal de la diplomacia del gobierno mexicano, el cual recibía cuestionamientos en el extranjero por la entrada en vigor, en julio de 1926, de la ley de cultos contra la Iglesia católica. Reyes telegrafió a México su adhesión al presidente Calles “con motivo cuestión religiosa” y exhortó por el mismo medio a los jefes de misión mexicanos en Europa para que hicieran lo propio (Reyes, 2010, t. I: 141-142). Pronto ampliaría su proselitismo a la prensa y al cine franceses. El 13 de septiembre hizo quitar una docena de carteles injuriosos que “los fanáticos” pegaron por París. Había planeado un baile en la Legación la noche del 15 de septiembre, pero como la colonia mexicana estaba de veraneo, y los que se quedaban en París eran estudiantes sin frac ni esmoquin, optó por una recepción oficial, con champán de honor, sin familias, el 16 por la mañana (véase Reyes, 2010, t. I: 143-145).

En la crónica para *El Universal* de la recepción organizada por Reyes, Guzmán expresó su convencimiento de que los mexicanos vivían un vendaval, cada día más cruel y ciego, que los dispersaba y destrozaba, y el escepticismo los ahogaba a tal punto que ya no sabían sino dejar que imperaran “las más violentas afirmaciones de la brutalidad” (Guzmán, 2010, t. I: 887). Sin embargo, quienes celebraban en París la Independencia de México vislumbraron durante dos horas una lucecita de fe. No era importante asentar quién tenía la razón, sino sentirse herederos de una historia que pertenecía a todos: “México como origen de confluencias, no de bifurcaciones; como principio de allegamiento, no de enajenación” (Guzmán, 2010, t. I: 888).

Seis días después del festejo patrio, Reyes recibió un telegrama cifrado de Genaro Estrada, oficial mayor de la Secretaría de Relaciones Exteriores, para advertirle que se estaba pensando en removerlo por el probable viaje próximo de Pani a Francia. Reyes entendió que eso significaba su traslado a otro país para que Pani, quien había renunciado a su cargo de ministro, quedara al frente de la Legación. Pensó en el adiós a la educación de su hijo y a los trabajos realizados en París, e imaginó las posibles ciudades de su destino (véase Reyes, t. I, 2010: 146-147). Entre una y otra preocupación, almorzó el sábado 16 de diciembre con un grupo de amigos americanos, Guzmán entre ellos. Pani llegaría a París a principios de marzo de 1927. Mientras su relevo tomaba posesión de la Legación, Reyes se despedía de “todo el mundo”, expresión completamente cierta, para embarcarse en el “Spagne”, rumbo a México, desde Saint-Nazaire. El mismo barco y la misma ruta, aunque ahora en el sentido inverso, de la navegación que había realizado en agosto de 1913, cuando zarpó del puerto de Veracruz hacia un destierro que se había prolongado casi 14 años (véase Reyes, 2010, t. I: 8-12).

Reyes había adelantado por carta a Guzmán la posibilidad de que, cuando se reunieran en París, tendrían “unos cuantos minutos de conversación, de diálogo” (Guzmán y Reyes, 1991: 124). Ni siquiera esto fue posible. Por uno u otro motivo (que Guzmán atribuiría a la situación política en México y a sus consecuencias en el exterior), el coloquio no ocurrió. Al menos no en el sentido deseado: el de la preeminencia de la amistad sobre cualquier otro propósito humano. Tampoco predominó la norma ateneísta de anteponer la “república ideal” a las coyunturas del México circunstancial. Reyes agradeció a Guzmán que hubiera puesto entre paréntesis sus desavenencias políticas el tiempo que convivieron en Madrid, pero esta cortesía fue insuficiente para reanudar su relación.

A finales de 1926, el gobierno mexicano enfrentó un movimiento social inédito que pronto llevaría a una guerra civil. Tras consultar con el papa Pío XI, los delegados apostólicos ordenaron la suspensión del culto público en los templos. La Liga Nacional de la Libertad Religiosa emprendió una campaña para exigir la derogación de la “Ley Calles”. Las medidas acordadas se denominaron genéricamente con la palabra boicot, la cual utilizó Guzmán en el título de un artículo que replicaba las declaraciones de Obregón del 11 de noviembre de 1926 sobre los efectos ventajosos de las acciones convocadas por la Liga en la resolución del problema económico de México. Para Guzmán, la audacia y la fatuidad mexicanas, que hacían que “muchos hombres se sintieran capaces de gobernar al país por la mera circunstancia de haber mandado antes a unos cuantos soldados”, eran las causantes de lo dicho por Obregón. En México, los efectos de una abstención de consumo no podían ser menos que desastrosos. Pero lo importante no era esto, sino que Guzmán calificara el boicot de los católicos como “un arma de lucha de los defensores del pensar y del sentir” (Guzmán, 1926: 3).

“Los efectos del boicot”, escrito en París en diciembre de 1926, fue la última colaboración del año de la serie de entregas con tema mexicano que Guzmán había comenzado en Madrid once meses antes para *La Prensa*. Este diario inició la columna “Vida mexicana”, que se mantendría de forma regular, aunque a veces con interrupciones, hasta mayo de 1928. A partir del 2 de enero de 1927, las entregas, aunque con otra secuencia, comenzaron a aparecer cada domingo en la primera página de la Tercera Sección de *El Universal*, dedicada a “Arquitectura, Charlas Taurinas, Radio, Automóviles y Maquinaria”.⁶ Paradójicamente, la versión periodística de lo que unos años después se convertiría en una obra capital de la narrativa hispanoamericana del siglo xx no fue publicada en la revista semanal *El Universal Ilustrado*, que desde 1917 “reunía a los poetas, narradores, pintores, músicos, críticos, historiadores y pensadores nacionales” (Saborit, 2017: 9). De noviembre de 1922 a julio de 1925, esta publicación

⁶ Los impresos fueron localizados en los microfilmes de la Hemeroteca Nacional.

periódica promovió la narrativa mexicana en formato breve mediante una sección intitulada “La Novela Semanal” (véase Hadatty, 2010: 181-208).

Guzmán comenzó a colaborar en *El Universal* cuando “La Novela Semanal” ya había dejado de existir, aunque subsistía la voluntad de fomentar la literatura por entregas como una estrategia para atraer lectores. Los textos seriados de Guzmán ocupaban una plana. La mayoría llevaba solo el título del relato con letras en negrita y diferentes tipos de fuentes. En otros se intercalaban palabras en cursivas con frases como la siguiente: “*Una Intensa y Emocionante Página en la Novelesca Historia de la Revolución*”. Cada impreso tenía una ilustración hecha por Francisco Gómez Linares, un dibujante de oficio que colaboró de manera prolífica para las revistas ilustradas de *El Universal*. En una entrevista publicada en las páginas del diario, Gómez Linares mencionó que su principal inspiración provenía del estilo alemán, el cual consideraba sencillo, llamativo e innovador para el anuncio, y que seguía la escuela cubista en cuanto a la simplicidad y la sobriedad de las líneas (véase Aguilar, 2017).

Cuando hizo estas declaraciones, Gómez Linares ya había iniciado la ilustración de la serie de entregas que darían vida a *El águila y la serpiente*. Guzmán aparecería en algunos de los dibujos. Si alguien lograra identificarlo, pensaría que estuvo en el centro mismo de la Revolución. Imaginaría también que Guzmán era un hombre alto y apuesto que vestía traje entallado y encaraba los peligros con aplomo y una sonrisa. Su presencia visual reforzaba el carácter supuestamente autobiográfico de la narración.

El Universal estaba en la mira gubernamental por sus relaciones con los católicos. Pero el tema del momento no era el conflicto religioso, sino el regreso de Obregón a la política nacional y la modificación de la Constitución para permitir su segunda candidatura a la presidencia de México (véase Castro, 2009: 337-340). Numerosos políticos e intelectuales manifestaron su repudio a la reelección y señalaron el retroceso que representaba en un país que en 1910 se había levantado en armas por ese motivo.

Guzmán se sumó a la protesta contra las ambiciones de Obregón mediante la publicación en *La Prensa* del artículo “En busca de don Porfirio”. En el párrafo inicial el autor se autodefine como un “político teórico”, sin compromisos con ninguno de los aspirantes a gobernar el país e interesado en descubrir el sentido histórico de la campaña para las elecciones presidenciales que habrían de realizarse en junio de 1928. Desde el título, el impreso alude al tema central: la incompatibilidad en México entre los procedimientos revolucionarios y la reelección, o, para ir directo al grano, si esta última podía darse sin regresar al porfirismo. La respuesta de Guzmán fue categórica: revolución y reelección eran excluyentes entre sí, porque el Estado mexicano surgido de la primera constituía una demagogia turbulenta que, contrariamente a sus postulados, tendía a mantener a un mismo grupo en el poder al margen de la voluntad popular. Al igual que en el Porfiriato, la esencia del sistema político posrevolucionario

se asentaba en la consagración del caudillo político dominante que vencía a todas las facciones: “El caudillo supremo se adueña del poder por su habilidad y recursos propios, y cuando no queda quién le dispute el campo, la nación se reduce a reconocer esa situación de hecho y trata de prolongarla hasta ahorrarse nuevos trastornos y sufrimientos” (Guzmán, 5 de octubre 1927: 3).

Estas palabras se publicaron el 5 de octubre de 1927. Ese día el general Francisco Serrano, el competidor principal de Obregón en la contienda por la silla presidencial, fue asesinado junto con sus acompañantes en un tramo de la carretera a Cuernavaca cercano a Huitzilac, Morelos (véase Pacheco, 1980). Para entonces, Guzmán ya había enviado a San Antonio, desde Hendaya, adonde se había mudado unos meses antes, la entrega “Orígenes de caudillo”. La acción transcurre a mediados de noviembre de 1913 en Hermosillo, Sonora, donde se llevaba a cabo una convención revolucionaria para valorar los triunfos recientes del Ejército del Noroeste, cuyo comandante en jefe era Obregón, y planear los avances hacia el centro del país. Guzmán formaba parte de la comitiva de civiles que acompañaba a Carranza, primer jefe del movimiento constitucionalista (véase Quintanilla, 2009: 195-206).

La narración comienza con una serie de cavilaciones internas en torno a quién era Obregón. En sus fueros, el narrador resume y desecha las opiniones de Pani y Vasconcelos, las cuales considera sesgadas, para concentrarse en las de De la Huerta, a quien le atribuye el consejo de admirar a Obregón no solo como soldado, sino también por la originalidad de sus ideas y la profundidad de sus principios revolucionarios. Para constatar lo dicho, De la Huerta repetía el mensaje que había llevado a Carranza, de parte de Obregón, al cónclave realizado en Piedras Negras, Coahuila, el 19 de abril de 1913, con el fin de acordar la unión de las fuerzas levantadas contra Victoriano Huerta y formar un solo ejército. En su mensaje, Obregón pedía la expedición de un decreto que inhabilitara a todos los jefes del movimiento armado para ocupar cargos públicos, porque “las desgracias de México se debían a las ambiciones desenfrenadas de los militares”. Guzmán menciona el hecho insólito de que un caudillo en ciernes negara “los derechos de su caudillaje, que era como ver a un león sacándose los dientes y arrancándose las uñas” (Guzmán, 2016: 87). Y es que, de haber procedido, el decreto hubiera vetado la carrera política del propio Obregón y la de la mayoría de los gobernantes revolucionarios, tanto en los estados como en la federación.

A continuación, Guzmán desmenuza el manifiesto suscrito por Obregón el 5 de marzo de 1913, cuando se unió en su natal Sonora al movimiento constitucionalista. Una sarta de palabras ramplonas y sin contenido político, inadmisibles incluso en el contexto de la indignación cívica causada por el asesinato de Francisco I. Madero y la rebelión armada como la única vía para restablecer el orden constitucional. Ninguna de estas atenuantes formaba parte de la coyuntura preelectoral de octubre de 1927, cuando Guzmán escribió la primera versión de la descripción de Obregón más

afamada de la literatura en lengua española. Para la adaptación incluida en el libro, el autor realizó dos cambios en el título: después de la palabra orígenes, sustituyó *de* por *del*, lo que personaliza y da sentido de propiedad al término caudillo, cuya primera letra fue puesta en mayúscula. No hay duda: se trata de los orígenes del Caudillo (véase Guzmán, 2016: 85-95).

El 4 de noviembre de 1927 el aspirante a la presidencia por el Partido Nacional Antirreeleccionista, el general Arnulfo R. Gómez, débil y enfermo, vestido de paisano y con los ojos vendados, fue ejecutado en la barda del panteón de Coatepec, Veracruz. Nueve días después apareció de manera simultánea en *La Prensa* y *El Universal* la entrega “El corral de la muerte”, en la que Guzmán recrea, en los márgenes entre la leyenda y la verdad, los preparativos para la matanza a sangre fría de cerca de 300 prisioneros (la misma cifra de asesinados durante el “desmoche” de octubre de 1927) por un certero e imparable Rodolfo Fierro. Los no menos de 500 presos tras una batalla son separados en dos grupos: de un lado los voluntarios orozquistas; del otro, los federales. Los primeros serían pasados por las armas antes de que oscureciera; a los segundos, se les daría a elegir entre unirse a las tropas revolucionarias o irse a sus casas mediante la promesa de no volver a hacer armas contra los constitucionalistas (véase Guzmán, 2016: 202-213).

Según Jorge Aguilar Mora, el odio entre los villistas y los orozquistas estaba más allá de toda reconciliación posible, porque lo motivaban rencillas personales y no proyectos políticos o sociales (Aguilar, 1990: 518-519). El mismo odio, y las mismas causas de este, que el ejercido contra las víctimas de una lucha que tenía como trasfondo la Constitución de 1917 convenida y juramentada por quienes se mataban entre sí después de haber aniquilado a los dirigentes de otras facciones revolucionarias. Nada garantizaba que, de haber sobrevivido y eventualmente ganado, las víctimas no hubieran actuado igual que sus victimarios. Si Caín no mata a Abel, Abel mata a Caín (véase Quintanilla, 2020: 213).

El “Corral de la muerte”, incorporado más tarde al multicitado episodio “La fiesta de las balas” (libro séptimo de la primera parte de *El águila y la serpiente*), fue la última de las entregas periodísticas escritas en Hendaya por Guzmán, quien regresó a Madrid a finales de octubre de 1927. Hay indicios de que el retorno no fue planeado de antemano, sino definido por las coyunturas; no solo las de México, sino las del exterior. Reyes había sido enviado a Buenos Aires para picar piedra en las relaciones diplomáticas con Argentina. Guzmán se reunió en París con Pani, quien le ofreció una reconciliación que pudo haber aprovechado. Sin embargo, no la aceptó. Por un motivo: “Porque Pani, obedeciendo móviles de un egoísmo exento de toda valentía, no vaciló en mentir y en calumniarme para hacerse más grato al bandolero, asesino y farsante del Álvaro Obregón” (Guzmán y Reyes, 1991: 130-131).

El libro

Al regresar a Madrid, Guzmán se instaló en el archivo del edificio de *El Debate*, donde le fue asignado un escritorio y era conocido por los redactores con el sobrenombre de “el Generalito” debido a su pasado revolucionario (véase Perea, 2002: 532-534).⁷ Ahí reanudó la serie de entregas para *La Prensa* y *El Universal* con relatos de sus días revolucionarios. El 13 de mayo de 1928 apareció el último episodio, “A merced de Pancho Villa”. Un mes y medio después salió de la imprenta *El águila y la serpiente*, cuya publicación había sido anunciada en *El Debate* con el título *A la hora de Pancho Villa*.⁸ Según Guzmán, el editor lo convenció de la inconveniencia política y mercadotécnica del título inicial y le sugirió dos o tres opciones. Eligieron *El águila y la serpiente* (véase Carballo, 1986: 87-88). Además de una referencia directa al escudo nacional de los Estados Unidos Mexicanos y una metáfora de la coexistencia brutal entre dos seres opuestos, así como una indicación lejana al mito fundacional de Tenochtitlan, el título seleccionado implicaba un reconocimiento velado al escritor español Vicente Blasco Ibáñez, cuya obra había establecido un canon en la literatura en lengua española de la época y era ampliamente conocida en México (véase Sinnigen y Vieyra, 2001).

Blasco fue invitado en 1919 a impartir conferencias y a recibir honores en Estados Unidos, donde la traducción, ese mismo año, de *Los cuatro jinetes del apocalipsis* (1916) tenía gran éxito. En marzo de 1920, tras una extenuante gira de costa a costa estadounidense, partió por ferrocarril a México, supuestamente en busca de datos topográficos y de un mejor conocimiento del alma mexicana para escribir una novela de la que ya tenía argumento y trama. Se detuvo en Saltillo, Coahuila, para iniciar su recorrido a la Ciudad de México. En esta última conoció al presidente Carranza, participó en varios actos públicos y se reunió con los generales Obregón y Pablo González, quienes habían anunciado sus intenciones de contender por la presidencia en las elecciones de ese año. Después viajó a Jalisco y a otros estados. De regreso en la capital de la República, cumplió varios compromisos antes de trasladarse al puerto de Veracruz para abordar el vapor en el que navegaría de regreso a Estados Unidos. Llevaba consigo las notas de viaje y el manuscrito de la novela que había anunciado sobre México, para la cual tenía un título: *El águila y la serpiente* (véase Sales, 2019: 22-163).⁹

⁷ Si bien es factible que Guzmán escribiera para *El Debate* editoriales y artículos literarios, solo firmó dos textos dedicados al fenómeno cultural y religioso de las curaciones realizadas por el Niño Fidencio en el poblado Espinazo (Nuevo León), adonde acudió en 1928 el presidente Calles en busca de la sanación de un mal misterioso que lo aquejaba.

⁸ Ello explica que la camisa del libro fuera un retrato ilustrado de Francisco Villa, compatible con el título inicial.

⁹ Los números de las páginas corresponden a la versión electrónica para Kindle del libro de Sales, y no a la del formato impreso.

Cuando Blasco llegó a Nueva York, la situación política de México había dado un giro dramático: la oficialía del ejército, liderada por Calles, De la Huerta y Obregón, se levantó en armas contra el gobierno. Blasco pospuso su proyecto narrativo y aceptó escribir sobre México para *The New York Times* y *The Washington Post*, con réplicas en centenas de otros periódicos estadounidenses y del extranjero (véase Sales, 2019: 164-186). Cuatro días antes del asesinato de Carranza, ocurrido el 21 de mayo en la aldea de Tlaxcalantongo, Puebla, fue publicado el primero de los 10 artículos, escritos en 20 días, que fueron reunidos en *El militarismo mejicano, estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos* (Blasco, 1920). El libro contiene valoraciones adversas de la población y la cultura mexicanas, críticas feroces a los jefes revolucionarios y alertas sobre la amenaza que representaban para el país vecino. Su autor fue vilipendiado en México (véase Sales, 2019: 190-211), donde sería asociado a los enemigos de la Revolución mexicana hecha gobierno (véase Pacheco, 1967).

Blasco murió en enero de 1928, un día antes de cumplir 60 años y sin haber entregado a la imprenta su novela sobre México. Fue enterrado en Menton, Francia, donde tenía una villa lujosa y colaboraba con la oposición a Primo de Rivera. En esta lucha, resucitó “las imágenes del militarismo mexicano para proyectar sobre España la sospecha de su ‘mejicanización’ al analizar el Directorio y su caudillismo corrupto deseoso de repartirse el país de manera patrimonialista” (García-Caro, 2012: 20). Antes, había elogiado la tarea civilizatoria de los militares españoles durante los tres siglos de colonización en América.

Cinco meses después del funeral de Blasco empezaría a circular *El águila y la serpiente* de Martín Luis Guzmán, publicado en Madrid por la editorial Aguilar. En la actualidad, la novela inconclusa de Blasco es citada como un probable referente de la primera obra literaria de Guzmán.¹⁰ Hay quienes han comparado ambos textos y encontrado similitudes y desemejanzas entre ellos, sin la certeza de que Guzmán conociera el manuscrito del escritor español (véase Giménez, 2019). En todo caso, los dos autores compartían una profunda desilusión hacia los frutos de la Revolución y encontraban las raíces de ello en el desenlace militarista de esta misma. Pero esta confluencia sería posterior a 1920, cuando Blasco regresó a Europa y Guzmán continuó las labores periodísticas y políticas que lo convertirían en un perseguido del gobierno mexicano en el extranjero (véase Quintanilla, 2016: 486-507).

¹⁰ El texto mecanografiado está compuesto de 84 folios llenos de tachaduras y correcciones efectuadas por Blasco. Contiene cuatro capítulos que muestran la intención del autor de escribir la obra anunciada y por la que un periódico estadounidense le había prometido, y quizás abonado, miles de dólares. No se conoce el momento en el que fue suspendida. En una carta de agosto de 1925 a su biógrafo Emilio Gascó, Blasco afirmó que había decidido no concluir la novela para vengarse de las necesidades dichas por algunos mexicanos en su contra.

La proximidad temporal entre la aparición de las últimas entregas periodísticas y el libro obliga a suponer que Guzmán siguió el procedimiento, muy recurrente en la escritura decimonónica de folletín, de ir avanzando por partes aisladas entre sí hasta dar con la trama esencial y después armar esta, ya sea mediante la supresión de algunos pasajes, la inclusión de otros, el cambio en el orden inicial y la reescritura de fragmentos (véase Pacheco, 1985). Si bien no se ha hecho un estudio exhaustivo del contenido de las dos versiones periodísticas ni la compulsu de estas con el libro, no hay duda de que este es producto de las primeras. Adela Pineda ubica el asesinato de Serrano como el acontecimiento que aceleró el ritmo de publicación de las entregas, cuyo orden comenzó a coincidir con la cronología del libro (véase Pineda, 2016: 657). A su vez, estos cambios podrían revelar la intención del autor de tender puentes literarios entre los relatos dispersos de su experiencia en la primera etapa armada de la Revolución con acontecimientos posteriores a esta, como el asesinato de Carranza, la rebelión delahuertista y, cuatro años después, la reelección de Obregón. Esta suposición se sustenta también en el hecho de que en “Galería de callistas”, un artículo inmediatamente posterior a “El corral de la muerte” (13 de noviembre de 1927) y a “La fiesta de las balas” (3 de diciembre de 1927), Guzmán estableciera paralelismos sarcásticos entre el general callista Roberto Cruz y el villista Fierro, así como entre sus jefes: Calles y Villa, respectivamente (véase Guzmán, 11 de enero 1928).

Por comprensibles razones literarias, el autor desechó el texto acerca de la reelección y el del boicot convocado por los católicos. Esto último no significa que haya eludido el tema de la religiosidad y el de su contraparte: las agresiones del poder hacia lo que Guzmán calificó como “derechos sagrados”. En algunos episodios menciona atropellos cometidos por algunas fracciones constitucionalistas a los altares de las plazas ocupadas. Asimismo, en el capítulo “La religiosidad de Iturbe” traspone en las acciones y el temple de este militar sinaloense las cualidades de una religiosidad interna, sin alardes eclesiásticos y respetuosa de los principios revolucionarios, ajena a los desmanes anticatólicos de los generales sonorenses (véase Guzmán, 2016: 123-129).¹¹

Si bien estas menciones tenían como blanco principal la política gubernamental que llevó en enero de 1927 a la llamada guerra de los cristeros, también permitían desarrollar una inquietud personal de Guzmán, quien desde 1917, durante su estancia

¹¹ No hay pruebas de que el general Ramón Iturbe, amigo personal de Guzmán, haya participado en el movimiento cristero, pero queda claro su deslinde de la política anticlerical del gobierno de Calles. En marzo de 1929 fue uno de los cabecillas de la asonada militar dirigida por el general coahuilense José Gonzalo Escobar contra el presidente interino Emilio Portes Gil, a la que se sumaron núcleos de cristeros combatientes, sobre todo de Durango. Los rebeldes fueron derrotados en solo tres meses por la Secretaría de Guerra y Marina, al mando de Calles. Iturbe se refugió en Estados Unidos hasta 1933, cuando fue amnistiado por el gobierno mexicano.

en Nueva York, había advertido el surgimiento de una nueva religiosidad. El puente hacia esta faceta fue, como casi todo en él, la literatura anglosajona, en este caso *The Soul of a Bishop*, la última parte de la trilogía publicada por el escritor británico H. G. Wells en 1916 y 1917 con la estupefacción generada por la Primera Guerra Mundial. Según Guzmán, Wells trasladó a la vida de un dignatario de la Iglesia oficial de Inglaterra los estados de ánimo religiosos y el advenimiento de la nueva fe, expuestos, bajo la forma de ensayo, en *God the Invisible King*. Mientras en esta obra la concepción de Wells de un Dios desnudo de atributos metafísicos y escolasticismo resulta artificiosa, en *The Soul of a Bishop* adquiere vivacidad y valía a través de una criatura novelesca (véase Guzmán, 2010, t. I: 420-421).

Unos meses después de haber llegado a París, Guzmán asistió a una conferencia de Wells en el anfiteatro de la Sorbona. El lugar estaba repleto, y mucha gente se quedó afuera. A Guzmán, lo dicho por el conferencista no le pareció ni nuevo ni interesante. Sus palabras le recordaron a “esos escépticos fáciles que desesperan de la medicina porque los médicos no sanan a todos sus enfermos ni los remedios prolongan la vida indefinidamente” (Guzmán, 2010, t. I: 921). Para Wells, los partidos y los políticos de profesión supeditaban a sus propios intereses los de la comunidad gobernada, por lo que eran incapaces de resolver problemas esenciales como la paz, la moneda y el trabajo. Ante esta ineptitud, probablemente perecerían frente a movimientos semejantes al bolchevismo o al fascismo. No por el contenido práctico de estos, sino por la religiosidad política, la devoción a la causa y el entusiasmo que despertaban (véase Guzmán, 2010, t. I: 921-922).

Guzmán proponía modos más serenos que los de Wells de juzgar a la democracia y ver el futuro. Creía necesario reconocer que los males de la posguerra eran de aquellos que solo el tiempo cura y para los cuales no había soluciones inmediatas. Mala cuanto se quisiera, la democracia representaba, entre todas las formas de gobierno conocidas, la que mejor regía a un pueblo en circunstancias normales. En cuanto a las anormales, mientras mejor desarrollados estuvieran los recursos democráticos las posibilidades de resolverlas se acrecentaban sin tener que recurrir a la supresión indefinida de las libertades públicas o al uso de la violencia (véase Guzmán, 2010, t. I: 922-924).

En su disertación sobre la conferencia de Wells, Guzmán mencionó que México no había conocido después de febrero de 1913 ni siquiera una hora de auténtica democracia. Habían pasado 15 años desde aquel momento, y el país vivía de nuevo el trauma histórico de la sucesión presidencial. La esperanza de un cambio decisivo en las prácticas políticas se cerró en junio de 1928, cuando Obregón fue electo presidente de México por segunda ocasión. La consigna revolucionaria, “Sufragio efectivo, no reelección”, era burlada por quienes se habían levantado en armas para restaurar el orden constitucional. El mismo artificio del general Porfirio Díaz, que tras acaudillar

en 1876 la revuelta de Tuxtepec contra la reelección presidencial de Sebastián Lerdo de Tejada gobernaría al país, con excepción de un cuatrienio, hasta junio de 1911 (véase Lujambio, 2011).

El águila y la serpiente comenzó a circular en las librerías matritenses unos días después del triunfo electoral de Obregón. Si bien había señales de acuerdos con la Iglesia para la solución pacífica de la guerra cristera, estaba presente la posibilidad de que el presidente electo sufriera un nuevo atentado de algún grupo católico. Pero el mayor desafío provenía de Calles y de algunos miembros del gabinete en funciones. La tensión hizo que Obregón se trasladara de su tierra sonorensa a la Ciudad de México, donde fue recibido por una multitud el domingo 15 de julio de 1928 (véase Castro, 2009: 381-400). Sería asesinado dos días después, mientras comía en el restaurante campestre La Bombilla, en la municipalidad de San Ángel (véase Serrano, 2020). Su cadáver fue expuesto con todos los honores en Palacio Nacional y trasladado en tren a Huatabampo, Sonora, sin que Calles, sobre quien caían todas las sospechas y buena parte de las acusaciones, expresara palabras de duelo. El 1 de septiembre reconoció que la muerte de Obregón dejaba al país en una situación particularmente difícil por la carencia de hombres de indiscutible relieve y gran arraigo en la opinión. Afirmó que esta circunstancia debía orientar el rumbo hacia una verdadera política institucional, procurando pasar de la condición histórica de un hombre a la nación de instituciones y leyes. Guzmán, que consideraba la posibilidad de regresar a México ahora que su enemigo principal estaba muerto, supuso que estas declaraciones manifestaban la intención de Calles de continuar al mando del poder sin necesidad de reelegirse. La situación era peor que cuando había huido de México, porque “un presidente, aun cuando sea enemigo de uno, tiene un plazo que fija la Constitución, pero un jefe máximo, mientras no se muera, seguirá mandando” (Blanquel, 2002: 658). Frente a esta perspectiva, Guzmán decidió quedarse por tiempo indefinido en España. El tiempo le daría la razón.

Escrito en primera persona, con el propio autor como protagonista, testigo o escucha de los sucesos narrados, *El águila y la serpiente* fue ensamblado y publicitado como una crónica vívida de un periodo crítico de la Revolución mexicana, de octubre de 1913 a enero de 1915; de la consolidación del movimiento constitucionalista contra el gobierno usurpador, a la confrontación militar entre las fracciones revolucionarias (véase Cifuentes-Goodbody y Quintanilla, 2016). Sigue la ruta de Guzmán por la geodesia revolucionaria, primero del centro al norte de México, con incursiones a los Estados Unidos, y después en el sentido opuesto. El movimiento constante de un lugar a otro convierte al conjunto de la obra en una especie de relato de viaje, género que Guzmán apreciaba y ensayó primero en sus crónicas del recorrido realizado con Bello por la Sierra de Guadarrama (véase Guzmán, 2010, t. I: 827-838), y después en “De París a Burdeos” y “Viaje a Roncesvalles” (véase Guzmán, 2010, t. I: 930-933 y

936-939). En el párrafo final de esta última, hay una de las sentencias que orientaron la escritura de Guzmán: “La verdad literaria es la suprema verdad” (Guzmán, 2010, t. I: 939). Así lo entendió Reyes en una carta a Estrada enviada desde Buenos Aires el 15 de diciembre de 1927. A propósito de una mujer que había sido baleada por su marido, Reyes escribió lo siguiente: “esto me recuerda los párrafos, tan bien escritos, de Martín Guzmán, sobre la imaginación y fantasía de las balas, en algunas de sus páginas de memorias (embusteras, pero más exactas que la realidad) de la Revolución Mexicana” (Reyes y Estrada, 1992, t. II: 92).

Quienes se preguntan si *El águila y la serpiente* es crónica, reportaje, autobiografía o ficción, deberían recordar esta máxima. Si algunas de sus páginas nos hacen reír, y otras nos estremecen, enojan o apiadan, es porque en cada una de ellas hay recursos literarios premeditadamente usados por el autor para que así suceda. Que estos recursos sean diversos, e igual provengan del ensayo político y de la crítica cinematográfica que de la biografía, la crónica, la novela histórica, la ciencia ficción o la ficción pura, se explica porque Guzmán fue un escritor experimentado en el periodismo, el ensayo y la narrativa breve, atento por igual a los clásicos que a la literatura contemporánea, en especial la anglosajona. Cada episodio es particular, y antes constituyó una pieza suelta que tenía el cometido de contar algo “de principio a fin” que atrapara a los lectores inmediatos y, a la vez, los mantuviera en suspenso para la siguiente entrega. En algunos casos, la narración contiene críticas y reflexiones en torno a sucesos del momento de la escritura, y no de los hechos narrados. Asimismo, como lo demuestran Nicholas Cifuentes-Goodbody (2016) y Adela Pineda (2016), la obra tiene una relación directa con otro tipo de textos periodísticos de Guzmán publicados en el mismo periodo. Ese es el caso de la serie de entrevistas a intelectuales españoles acerca de la dictadura,¹² en la que el autor utiliza tácticas literarias y reflexivas similares a las de algunos pasajes de *El águila y la serpiente*.

La ruta seguida en el libro no es una decisión literaria, sino la impuesta a Guzmán en sus andares revolucionarios. En cierta medida, recurre al modelo picaresco. Al igual que Francisco de Quevedo en *La vida del Buscón*, Guzmán parte del discurso autobiográfico y convierte su lucha por sobrevivir en una galería de personajes y escenas retratados caricaturescamente. Y también está presente, como en la vida de don Pablos, una vena conceptista y moral que recorre buena parte del texto y que le sirve al autor para cuestionar su sociedad y mantener vivos sus ideales (véase González, 2014: VII-VIII). En el caso de *El águila y la serpiente*, el joven iluso que había pasado de las aulas a pleno movimiento armado vive un dilema existencial crónico en la historia

¹² Con el título genérico de “España bajo el dictador”, Guzmán publicó en *El Universal*, de noviembre de 1927 a finales de enero de 1928, entrevistas hechas a Gabriel Maura, Miguel Villanueva, Ramiro de Maeztu y Miguel de Unamuno.

de México: el de los civiles que se meten a políticos y terminan como instrumentos adscritos a criminales disfrazados de gobernantes. Entonces, decide romper sus nexos con los bandos en pugna y escapar del país.

En cuanto *El águila y la serpiente* salió de la imprenta, Guzmán lo distribuyó entre amigos y críticos de América y Europa. Reyes fue uno de los primeros en recibir el suyo, con una nota breve del autor. La sensación de estar frito por el calor canicular le recordaba a Guzmán el verano de 1915 en Madrid. Todo podría ser lo mismo, “si no fuera porque al paso del tiempo los amigos se dispersan y eso nos envejece y nos mata” (Guzmán y Reyes, 1991: 127). Y hablando de dispersión y envejecimiento, Guzmán mandó a Reyes otro volumen para que se lo entregara a Henríquez Ureña, también en Buenos Aires, con un saludo afectuoso. No recibiría respuesta. De manera indirecta, Henríquez Ureña hizo saber a Guzmán su desacuerdo con un pasaje del libro sobre un hecho ocurrido la mañana del 20 de febrero de 1913, un día después del final de la Decena Trágica, y que lo involucraba como protagonista. Enterado de lo anterior por Reyes, Guzmán sostuvo la veracidad del escrito para concluir con una declaración: “Cualquier lector imparcial de mi libro advertirá que son más las veces en que me pinto cobarde que aquellas en que me hago pasar por valiente. Por lo menos así me parece, si bien convengo en que puedo equivocarme. Nadie escribe lo que quiere escribir, sino lo que queda escrito: dos cosas a menudo muy distintas” (Guzmán y Reyes, 1991: 130).

Guzmán se comprometió a incorporar algunas de las correcciones y sugerencias de Reyes en la segunda edición del libro, que saldría en diciembre de 1928, ahora por la Compañía Iberoamericana de Publicaciones.¹³ A los 41 años de edad, logró lo que ningún escritor mexicano del siglo xx había alcanzado: agotar en solo unos meses la edición original de su primera obra literaria y transitar de una casa editora marginal a la primera corporación editorial española. Es probable que el éxito influyera para que *El Debate* comenzara a publicar en enero de 1929, bajo el nombre genérico “Estampas Mejicanas”, un total de trece entregas: once entresacadas de *El águila y la serpiente* y dos de la serie periodística correspondiente a *La sombra del Caudillo* (véase Bruce-Novoa, 2016: 635-637).¹⁴

¹³ El contenido de algunos pasajes de *El águila y la serpiente* causó adversidades entre Guzmán y Reyes que se prolongarían hasta unos meses antes de la muerte del segundo, en diciembre de 1959, y que aún influyen a través de los textos literarios de ambos acerca de los mismos hechos (véase Quintanilla, 2016).

¹⁴ De julio de 1931 a abril de 1932 serían publicados, con subtítulos y fotografías, en la revista matritense *Estampa*, 36 episodios del libro y dos de la serie correspondiente a *La sombra del Caudillo* y no integrados en este, con notas a pie de página escritas por Guzmán (véase Guzmán, 2016: 791-796).

El triunfo de *El águila y la serpiente* se debió en parte a la difusión realizada en los medios españoles. Díez-Canedo inauguró la “moda mexicana” con una reseña en *El Sol* (Díez-Canedo, 1928: 2) a la que le sucedieron tres más en *La Voz*, una en *La Libertad* y otra en la revista *España*. La novedad se extendería rápidamente a otros países de habla hispana, mientras que en México la recepción fue más lenta y escasa: solo se tienen registradas dos notas en 1928, una de Carlos González Peña en *El Universal* y otra de Jaime Torres Bodet en la revista *Contemporáneos*. Poco, si tomamos en cuenta que el libro sería considerado como el equivalente de las crónicas de la Conquista y su autor un moderno Bernal Díaz del Castillo. En su momento, fue comparado con *Los de abajo* de Mariano Azuela (1915) y con la obra dramática *Nopal* de Enrique Uthoff, escenificada por esos días en el teatro Infanta Beatriz de Madrid (véase Hernández, 1928). En el ámbito literario internacional, Guzmán fue asociado con Babel, Stendhal, José Maria Eça de Queirós y otros más. Al paso del tiempo, la lista se ampliaría.

La recepción inmediata de *El águila y la serpiente* fue mediada por las apreciaciones políticas entonces vigentes de la Revolución mexicana y la polémica en torno a sus orígenes y desenlaces. Lo anterior queda claro en la reseña del periodista, crítico literario y jurista español Eduardo Gómez de Baquero, miembro del Partido Liberal, para quien los excesos, la violencia y los crímenes descritos por Guzmán habían acabado con la herencia nefasta de Díaz y favorecido la gran transformación cultural y social que, bajo la égida de Obregón y Calles, daba esperanzas sobre el porvenir de México (véase Gómez, 1928). Del otro lado de la moneda se encontraba Salado Álvarez, que había emulado para México los *Episodios nacionales* de Benito Pérez Galdós en dos series de folletines (véase Mata, 2010) y estaba escribiendo sus memorias.¹⁵ El libro de Guzmán, quien había sido su alumno en la Escuela Nacional Preparatoria, le confirmó que la Revolución nunca tuvo cabeza y que los hombres de pluma no ejercieron ninguna influencia en “los entes cavernarios, primitivos, ignorantes, llenos de codicia y de presunciones” (Salado, 2016: 742). Ante ello, Salado Álvarez siembra una duda: “¿Qué hacía Martín entre los de Eulalio,¹⁶ cuando el sentido común indicaba unirse a Carranza? ¿Y por qué, ya que es listo y avisado, no se unía a Obregón, *el hombre del destino*, que al día siguiente de la acción de Celaya pudo ser presidente y aguantó su impaciencia por cinco años?” (Salado, 2016: 743).

¹⁵ Las memorias de Salado Álvarez serían publicadas en dos volúmenes de manera póstuma en 1946. El autor regresaría a México en 1929, un año y medio antes de su muerte.

¹⁶ Se refiere al general Eulalio Gutiérrez, precursor de la Revolución mexicana, que fue nombrado el 1 de noviembre de 1914 presidente provisional de México por la Soberana Convención de Aguascalientes; huyó de la Ciudad de México en enero de 1915 y renunció al cargo seis meses después. Guzmán trabajó de ayudante personal de José Isabel Robles, secretario de Guerra y Marina del gabinete de Gutiérrez.

Salado Álvarez notó las diferencias en el trato hostil de Guzmán hacia Villa y Carranza, los cabecillas de las dos fracciones revolucionarias en pugna, y su empatía con otros mandos militares. Estas diferencias fueron advertidas también por el poeta y periodista asturiano Alfonso Camín, de ideas republicanas y autor de una novela sobre el México revolucionario: *Entre volcanes* (1928). Para él, no había nada que hiriera tan a fondo a la Revolución mexicana como lo hacía la pluma revolucionaria de Guzmán. No conocía a este último: ignoraba si era viejo y cano o juvenil y alegre. Le bastaba con saber que era un buen reportero, con atisbos literarios de buena ley, que había tenido la valentía de escribir los hechos. En cambio, había conocido a tres de los personajes destacados en las páginas del libro: Rafael Buelna, Carlos Domínguez y Lucio Blanco. Camín los había tratado en el asueto revolucionario, y al verlos llenos de vida por el libro de Guzmán le daban ganas de gritarles con los brazos abiertos. Pero estaban muertos (véase Camín, 1928).¹⁷

El águila y la serpiente fue declarado por el semanario *Estampa* el suceso literario de 1929 en España. Poco antes de que terminara el año, salió a la luz *La sombra del Caudillo* por la renombrada editorial Espasa-Calpe. La versión preliminar había aparecido completa en *La Prensa* y de manera inconclusa en *El Universal* (véase Olea, 2002). En este último formaba parte del conjunto de entregas dominicales reunidas en *El águila y la serpiente*. En concreto, lo que después se convertiría en *La sombra del Caudillo* había sido publicado en México como la prosecución de su antecesor. Decir esto resulta fácil, pero imagine el lector de ahora lo que pudo haber sentido su igual de 1928 al pasar del momento en el que el narrador se despide de Villa en la estación ferroviaria de la ciudad de Aguascalientes poco antes de subir al tren que lo conduciría a la frontera con Estados Unidos, a la descripción de un general de treinta años llamado Ignacio Aguirre recientemente nombrado secretario de Guerra. ¡Todo ello de un domingo a otro y sin explicación alguna ni de adónde había ido a parar el viajero ni de quién era Aguirre!

La publicación de *El águila y la serpiente* abrió un nuevo ciclo en la obra de Guzmán y, a la vez, cerró la etapa iniciada con el ensayo *La querrela de México* (Madrid, 1915) y el intento fracasado de escribir una novela sobre la gesta revolucionaria (véase Quintanilla, 2016: 474-479). Guzmán fue partícipe, testigo, víctima y analista político de esta saga, al tiempo que aprendía el oficio de escritor. De este modo, no solo cumplió las expectativas que se habían forjado en torno a él respecto de la obra novelística que

¹⁷ La o las estancias de Camín en México previas a su prolongado exilio en este país después de la Guerra Civil en España no han sido estudiadas. En su ensayo sobre la amistad entre el escritor asturiano y Ramón López Velarde, Fernández cita un testimonio: Camín contando en las tertulias matritenses historias de raptos, desafíos y hazañas bajo las banderas revolucionarias de Pancho Villa (véase Fernández, 2020: 49).

distinguiera a su generación, sino que exorcizó sus propios temores, afianzó su postura política y, sobre todo, mantuvo vivo el recuerdo de *sus* muertos. Mientras el libro siguiera leyéndose, perduraría la historia del propio Guzmán, quien es nombrado solo una vez en el libro, en voz de Buelna. También perduraría la memoria de su padre, coronel de infantería del ejército porfirista, caído en uno de los primeros enfrentamientos contra las tropas revolucionarias, y la de aquellos valientes que en momentos diferentes se rebelaron contra las imposiciones de los caudillos en turno. Ahí están, vivos aún, Felipe Ángeles, Villa, José Isabel Robles y Blanco. Cerca de ellos, De la Huerta, Buelna, Manuel Diéguez y Salvador Alvarado.¹⁸ Estos últimos acudieron al postrimero llamado para detener la perpetuación del caudillismo, la rebelión iniciada en diciembre de 1923 y derrotada militarmente unos meses después.¹⁹ Tras participar en los prolegómenos de esta batalla, Guzmán pactó su salida de México y se exilió los 12 años siguientes (véase Quintanilla, 2016: 486-507). Si llevaba o no consigo los cuadernos en los que, supuestamente, había escrito a mano todo cuanto vio y escuchó durante su paso por los caminos revolucionarios, resulta secundario frente a la firmeza de narrar las revelaciones esenciales de la guerra; una guerra tan cruel como inacabable, casi eterna en un país que había devorado a lo mejor de sí mismo.

Bibliografía

AGUILAR, Yanet

“Con las ilustraciones de Francisco Gómez Linares”, en *El Universal* (22 mayo 2017). Consultado en: <<https://www.eluniversal.com.mx/articulo/cultura/letras/2017/05/22/con-las-ilustraciones-de-francisco-gomez-linares>> [13/02/2021].

AGUILAR MORA, Jorge

Una muerte sencilla, justa, eterna. Cultura y guerra durante la Revolución mexicana. México: Era, 1990, 2 tomos.

¹⁸ Emmanuel Carballo preguntó a Guzmán en una entrevista de 1965 qué libros preparaba. Guzmán respondió que tenía escritas 144 cuartillas de *Muertes paralelas*, algunas de las cuales ya habían sido publicadas en *El Universal*. El prólogo lo constituiría la muerte, la única natural, de Porfirio Díaz. Otras muertes que supuestamente ya tenía redactadas o estudiadas eran las de Madero, Carranza, Villa, Obregón, Zapata, Blanco, Aguirre Benavides, Robles y Ángeles. En 1958 había sido publicado *Muertes históricas*, que contenía los textos dedicados a Díaz, Carranza y Madero. El proyecto anunciado por Guzmán nunca se concretó.

¹⁹ En 1952, a propósito de la publicación en *Excelsior* de algunos capítulos autobiográficos de De la Huerta dictados a un tercero, Guzmán acusó al primero de deshonorar en su recuerdo las sombras, severas e implacables, “de los generales dignos y valientes, de los políticos apostólicos y generosos, de los soldados dignos y abnegados que en 1923 y 1924 murieron a consecuencia del delahuertismo. ¡Qué multitud y qué nombres!” (Guzmán, 2010, t. I: 765).

BLANQUEL, Eduardo

“Entrevista con Martín Luis Guzmán”, en Martín Luis Guzmán. *La sombra del Caudillo*. Edición crítica de Rafael Olea Franco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 2002, 651-677.

BLASCO IBÁÑEZ, Vicente

El militarismo mejicano, estudios publicados en los principales diarios de los Estados Unidos. Valencia: Prometeo, 1920.

BRUCE-NOVOA, Juan

“*La Prensa* and the Chicano Community”, en *The Americas Review*, volumen 17, números 3-4, 1989, 150-156.

“Capítulos del *Águila* en *La sombra del Caudillo*”, en Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016, 630-639.

CÁCERES SEVILLA, Adela de

El Debate, como empresa social católica. Salamanca: Universidad de Salamanca, 1979.

CÁLIZ MONTES, Jessica

“La renovación biográfica de las ‘Vidas Españolas e Hispanoamericanas del Siglo XIX’”, en *Dicenda. Cuaderno de Filología Hispánica*, volumen 32, número especial (2014), 125-138.

CAMÍN, Alfonso

“Un libro de reportaje”, en *La Libertad* (4 julio 1928), 3.

CARBALLO, Emmanuel

Protagonistas de la literatura mexicana. México: Secretaría de Educación Pública/El Ermitaño, 1986 (Segunda Serie de Lecturas Mexicanas).

CASTRO, Pedro

Álvaro Obregón. Fuego y cenizas de la Revolución Mexicana. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Ediciones Era, 2009.

CIFUENTES-GOODBODY, Nicholas

“La invención de *El águila y la serpiente*, como libro y como novela”, en Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016, 663-670.

CIFUENTES-GOODBODY, Nicholas y Susana QUINTANILLA

“La invención de un libro: *El águila y la serpiente*, de Martín Luis Guzmán”, en Blanca Estela Treviño García (coordinadora). *Aproximaciones a la escritura autobiográfica*. México: Universidad Nacional Autónoma de México/Bonilla Artigas, 2016, 297-311.

DÍEZ-CANEDO, Enrique

“*El águila y la serpiente*”, en *El Sol* (10 junio 1928), 2.

DOUGHERTY, Dru

Guía para caminantes en Santa Fe de Tierra Firme: estudio sistémico de Tirano Banderas. Valencia: Pre-Textos, 1999.

FELL, Claude

“Cronología”, en José Vasconcelos. *Ulises criollo*. Edición crítica de Claude Fell. México: ALLCA XX, 2000, 545-572 (Colección Archivos).

FERNÁNDEZ, Fernando

“Alfonso Camín: Entre el canario y el murciélago (El amigo asturiano de Ramón López Velarde)”, en *Revista de la Universidad*, número 71 (enero de 2020), 46-76.

GARCÍA-CARO, Pedro

“Entre occidentalismo y orientalismo: la escritura estereográfica de la Revolución Mexicana en España: *El militarismo mejicano* de Blasco Ibáñez y *Tirano Banderas* de Valle-Inclán”, en *Revista Hispánica Moderna*, volumen 65, número 1 (junio 2012), 9-31.

GARCÍA NARANJO, Nemesio

Memorias de Nemesio García Naranjo. Nueve años de destierro. Tomo VIII. Nuevo León: Talleres el Porvenir, 1966.

GIMÉNEZ COTANDA, Eva

México en la obra de Blasco Ibáñez y Martín Luis Guzmán. España: La Araña Editorial, 2019.

GÓMEZ DE BAQUERO, Eduardo (Andrenio)

“Aspectos. *El águila y la serpiente*”, en *La Voz* (11 junio 1928), 1.

GONZÁLEZ, Aurelio

“Ensayo introductorio”, en Francisco de Quevedo. *La vida del Buscón*. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2014, VII-XVI.

GONZÁLEZ PEÑA, Carlos

Historia de la literatura mexicana. México: Publicaciones de la Secretaría de Educación Pública, 1928.

GUZMÁN, Martín Luis

“Los efectos del boicot”, en *La Prensa* (23 diciembre 1926), 3.

“En busca de don Porfirio”, en *La Prensa* (5 octubre 1927), 3.

“Galería de callistas”, en *La Prensa* (11 de enero de 1928), 3.

Obras completas. 4.^a edición. Prólogos de Carlos Betancourt Cid, Rafael Olea Franco y Víctor Díaz Arciniega. México: Fondo de Cultura Económica/Instituto Nacional de Estudios Históricos de la Revolución, 2010, 3 tomos.

El águila y la serpiente. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016.

GUZMÁN, Martín Luis y Alfonso REYES

Medias palabras. Correspondencia, 1913-1959. Edición de Fernando Curiel. México: Universidad Nacional Autónoma de México, Instituto de Investigaciones Filológicas, 1991.

HADATTY MORA, Yanna

“Prensa y literatura para la Revolución. La Novela Semanal de *El Universal Ilustrado*”, en Leonardo Martínez Carrizales (coordinador). *El orden cultural de la Revolución Mexicana. Sujetos, representaciones, discursos y elementos conceptuales*. México: Universidad Autónoma Metropolitana, 2010, 179-208.

HENRÍQUEZ UREÑA, Pedro y Alfonso REYES

Epistolario íntimo (1906-1946). República Dominicana: Universidad Nacional Pedro Henríquez Ureña, 1983, 3 volúmenes.

HERNÁNDEZ CATÁ, Alfonso

“Horizontes. Villa protagonista”, en *La Voz*. Madrid (3 julio 1928), 1.

JUAN BOLUFER, Amparo de

“Valle-Inclán en Nueva York: nuevos documentos y una conferencia en West Point”, en *Moenia. Revista Lucense de Lingüística & Literatura*. Universidad de Santiago de Compostela, número 14 (2008), 225-268.

KAPUT, Roberto

“‘Por la patria; por la raza’: capitalismo impreso y nacionalismo cultural en el México de afuera. San Antonio, Texas, 1913-1938”, en *Anuario Humanitas*, volumen III, número 45 (enero-diciembre 2018), 35-56.

LUJAMBIO, Alonso

“El fantasma de Sebastián Lerdo de Tejada”, en *Estudios*, número 99 (invierno 2011), 113-146.

MATA, Óscar

“Un caballero del antiguo régimen: don Victoriano Salado Álvarez”, en *Tema de Variaciones y Literatura*, número 34 (junio 2010), 37-51.

OLEA FRANCO, Rafael

“Nota filológica preliminar”, en Martín Luis Guzmán. *La sombra del Caudillo*. Edición crítica coordinada por Rafael Olea Franco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 2002, xxxiii-xl.

PACHECO, José Emilio

“Letras. Vicente Blasco Ibáñez (1867-1967)”, en *Revista de la Universidad de México*, número 5 (enero de 1967), 27-28.

“Crónica de Huitzilac”, en Federico Campbell (compilador). *La sombra de Serrano*. México: Proceso, 1980, 13-31.

“Presentación”, en Ignacio Manuel Altamirano *et al.* *La novela histórica y de folletín*. México: Promexa, 1985, I-XXI.

PEREA, Héctor Manuel

“Tras las huellas de una sombra”, en Martín Luis Guzmán. *La sombra del Caudillo*. Edición crítica coordinada por Rafael Olea Franco. México: Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Fondo de Cultura Económica, 2002, 524-537.

PILATOWSKY, Priscila

“Sobre historiografía americanista y un caballero de la hispanidad. Carlos Pereyra en España (1916-1942)”, en *Revista de Indias*, volumen 78, número 273 (2018), 561-592.

PINEDA FRANCO, Adela

“Entre el exilio y el fuego revolucionario: la narrativa de Martín Luis Guzmán de 1925 a 1929”, en Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016, 640-662.

QUINTANILLA, Susana

A salto de mata. Martín Luis Guzmán en la Revolución mexicana. México: Tusquets, 2009.

“A orillas de la Revolución. Martín Luis Guzmán en Madrid (1915)”, en *Historia Mexicana*. México: El Colegio de México, volumen LXIV, número 1 (julio-septiembre de 2014), 105-157.

“Estudio”, en Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016, 463-537.

“Martín Luis Guzmán bajo la sombra de Álvaro Obregón”, en Carlos Silva (coordinador). *Álvaro Obregón. Ranchero, caudillo, empresario y político*. México: Cal y Arena, 2020, 201-224.

RABATÉ, Jean Claude

“El destierro de Miguel de Unamuno en París”, en *Cuaderno Gris*, número 6 (2002), 71-82.

REYES, Alfonso

“Apuntes sobre Valle-Inclán”, en Héctor Perea (compilador). *España en la obra de Alfonso Reyes*. México: Fondo de Cultura Económica, 1990, 416-423.

Diario 1911-1927. Tomo 1. Edición crítica, introducción, notas, fichas bibliográficas e índice de Alfonso Rangel Guerra. México: Fondo de Cultura Económica, 2010.

REYES, Alfonso y Genaro ESTRADA

Con leal franqueza: correspondencia entre Alfonso Reyes y Genaro Estrada. Compilación y notas de Serge I. Zaitzeff. México: El Colegio Nacional, 1996, 2 tomos.

REYES, Alfonso y Enrique GONZÁLEZ MARTÍNEZ

El tiempo de los patriarcas. Epistolario 1909-1925. Compilación, estudio introductorio y notas de Leonardo Martínez Carrizales. México: Fondo de Cultura Económica, 2002.

SABORIT, Antonio (coordinador)

El Universal Ilustrado. Antología. México: Fondo de Cultura Económica, 2017.

SALADO ÁLVAREZ, Victoriano

“*El águila y la serpiente*”, en Martín Luis Guzmán. *El águila y la serpiente*. Edición crítica, coordinación, notas y estudio de Susana Quintanilla. México: Academia Mexicana de la Lengua, 2016, 741-744.

SALES DASÍ, Emilio

Blasco Ibáñez en Norteamérica. España: Publicacions de la Universitat de València, 2019 [versión electrónica].

SCHNEIDER, Luis Mario

Todo Valle-Inclán en México. México: Universidad Nacional Autónoma de México, 1992.

SERRANO ÁLVAREZ, Pablo

“El asesinato del caudillo”, en Carlos Silva (coordinador). *Ávaro Obregón. Ranchero, caudillo, empresario y político*. México: Cal y Arena, 2020, 263-278.

SILVA, Carlos (coordinador)

Ávaro Obregón. Ranchero, caudillo, empresario y político. México: Cal y Arena, 2020.

SINNIGEN, John y Lilia VIEYRA

“La recepción de la obra de Benito Pérez Galdós en México: un estudio bibliohemerográfico en vida del autor”, en *Boletín del Instituto de Investigaciones Bibliográficas*, volumen VI, números 1 y 2 (primer y segundo semestres de 2001), 223-362b.

SOLER, Jordi

“‘México me hizo poeta’: Ramón del Valle-Inclán”, en *Milenio* (14 de junio 2015). Consultado en: <<https://www.milenio.com/cultura/mexico-me-hizo-poeta-ramon-del-valle-inclan>> [17/03/21].

TORRES BODET, Jaime

“Perspectiva de la literatura mexicana actual. 1915-1928”, en *Contemporáneos*, número 4 (1928), 1-33.

TUDELA, Mariano

Aquellas tertulias de Madrid. Madrid: El Avapiés, 1984.

URRUTIA SALAVERI, Luis

“Unamuno frente a la dictadura”, en *Cuadernos de la Cátedra Miguel de Unamuno*. Salamanca: Universidad de Salamanca, número XXIX, segunda época (1994), 189-204.

VALLE-INCLÁN, Ramón del

Tirano Banderas. Edición y prólogo de Francisco Caudet. Madrid: Cátedra, 2017.

VELASCO, Juan

“Lo fantástico y la historia: la polémica entre *La sombra del Caudillo* y *Tirano Banderas*”, en *Mester*. Los Angeles: University of California, volumen XIX, número 2 (1990), 71-81.

